

Tú eres la paz (1)

La masacre continua, sistemática, ya habitual, que ha convertido los campos de Europa en un inmundado matadero humano, atrae insistentemente mi pensamiento.

No es la curiosidad malsana hacia el detalle momentáneo y emotivo de cada día, ni el ansia por el triunfo de uno u otro de los adversarios.

Veo en ese cataclismo el más grande campo de experimentación social y dirijo a él mi pensamiento en busca de puntos de apoyo para mis ideas sociales, en este instante histórico en que la acción febril, el odio y el ansia de matar ponen al descubierto todos los disimulos de las sociedades actuales, cuando las vemos aplicar ahora, en su beneficio y con carácter provisorio, lo que siempre atacaron y persiguieron, llamándolo utopía socialista.

Esta guerra es el volcán que lanza a la vista de todos cuanto material había sido escondido en las entrañas de la sociedad bajo el peso de los intereses capitalistas y los mal llamados intereses sociales. Es el volcán que entre la lava arroja en la erupción muestras de los materiales que encierra el globo. Y así como va el geólogo a buscar entre la lava, las escorias y las piedras muestras de esos materiales e indicios de otros nuevos para fundar en ellos la verdad de sus teorías, yo, como socialista, y como yo todos los que se interesen en la vida social del presente y la del porvenir, debemos buscar entre el fuego, el crimen y la matanza las pruebas de la verdad que nosotros sostenemos.

¡Mujer! Yo he pensado muchas veces en tu acción como factor social en esta guerra y he llegado a la conclusión de que has probado plenamente ahora tu capacidad para gozar de todos los derechos civiles de que hoy disfruta sólo el hombre.

Has sido tú, mujer, eterna menor de edad de todos los códi-

(1) Artículo publicado en el periódico "La Acción" el 1º de Marzo de 1916

gos, la que hiciste posible la guerra, y serás tú sola la que la haga terminar.

Pobrementemente educada, disminuída en tu cerebro por la torpe esclavitud en que has vivido desde las primeras edades del mundo, no has podido aún comprender cuán grande es tu poder de acción en los movimientos sociales.

Y en defecto de tu cerebro atrofiado por la falta de una educación constante para la lucha por la vida, como lo ha sido el de tu compañero de yugo, has visto, mujer, crecer en ti el poder de tu carne y el poder de tu animalidad; y las más bellas virtudes de tu intelecto han sido aplastadas por el impulso de la pasión y por los arranques del sentimiento.

Por eso, cuando los hombres, especialmente aquellos que ya sabían de rebeliones, aquellos que sintieran alguna vez en su cerebro vibrar la protesta, llegaron a oír que se los impulsaba cual rebaño a la matanza salvaje, hicieron un examen de conciencia, sintieron en sí el germen adormecido de la protesta y de la rebelión que revivía y experimentaron el deseo de buscar al compañero de taller y de sufrimiento, al hermano de hambre y miseria, y negarse así, unidos, a colaborar en la tragedia.

Pero tú, su compañera, mujer que sólo sabes sentir, le detuviste, le hablaste de ese Dios y de esa patria que sólo buscan al hombre para torturarlo en la vida y únicamente le ofrecen el premio en el cielo o en la gloria para después de la muerte, e imponiéndoselo por tu amor y por el de Dios y el de la patria, profundamente encarnados en tu pasionalismo ardiente, lo encaminaste al cuartel y de allí á la trinchera, de la que sólo volverá enfermo o mutilado... si es que vuelve.

Si tú, mujer, en cambio, hubieras sentido las mismas rebeliones que ya son ancestrales en el hombre, si hubieras comprendido que su vida y la de sus hijos estaba en la paz, la guerra no se hubiera hecho.

¡Cuentan sobre ti, como eficaz auxiliar, todos los militarismos imperialistas del mundo!

Ya en la guerra, hiciste posible la guerra larga, porque curaste los heridos para volverlos al campo de batalla si aún tenían fuerzas, o para devolverlos al hogar, si ya no servían más.

Hiciste posible la guerra larga poniendo en medio de los cuadros de incendio, de destrucción y de masacre tu figura de

amor humano, de abnegación maternal, que hizo que a través del humo de las batallas y de la hoguera sólo viéramos tu figura, toda amor, toda dulzura, eclipsando los horrores del desastre.

Hiciste posible los reclutamientos y las grandes listas de voluntarios, estigmatizando con tu desprecio al hombre que, por sus ideas o por su temperamento, no quería ser soldado.

Más que los generales, más que todos los militares. fuiste tú la que envió los voluntarios a la trinchera, porque el hombre, eterno luchador, ha visto que sólo en el amor de la compañera había verdad, que los otros amores eran ficciones interesadas para cerrarle los ojos. Y él, por no perder ese amor que le hace luchar por la vida y por la sociedad, antes que ver una mirada de desprecio en los ojos en que siempre viera amor, va a perder la vida en el combate simulando un odio, que no tiene, al adversario.

Tú hiciste posible la guerra larga, sustituyendo al hombre en el taller de armas y municiones y en todas las industrias que se hubieran paralizado por la ausencia del operario.

Tú hiciste larga la guerra porque vas al taller por un mísero salario, un enorme horario, y porque eres sumisa y sufrida y no sabes de rebeliones colectivas.

Y bien; por todo eso, serás tú, por suerte, la que termine con el desastre. Tú, que eres hoy la guerra, eres nuestra esperanza.

En ti está la energía latente que apagará el incendio.

¡Tú eres la paz!

Tus arranques pasionales y tus emociones te impulsaron a arrastrar al hombre a la acción, pero como las pasiones se debilitan con el transcurrir monótono del tiempo, la reflexión sustituirá en ti al entusiasmo, y verás nacer en tu alma un nuevo impulso que te llevará a deshacer la tremenda hoguera.

Cuando veas a tus hijos sin padre y sin hogar; cuando te veas sin compañero o sin hijos; cuando comprendas que después de arrebatarte los seres más queridos se te arranca la vida a pedazos en el improvisado taller guerrero; cuando notes que tu salario disminuído y tu jornada alargada en nombre de la patria sólo sirven para la desgracia de otras mujeres y la fortuna de unos cuantos prepotentes; cuando veas que el mutilado que vuelve del frente deberá estar sostenido por ti sin el auxilio

de Dios ni de la patria; cuando empiece la lucha de intereses creados entre la mujer que ahora ocupa un banco en el taller y el obrero que vuelve del campo de concentración enemigo o del hospital, reclamando ese banco que antes ocupaba y que le permitía no morir del todo de miseria; entonces, recién entonces sentirás cuán grande es tu mal y cuánta culpa, inconsciente, tienes en el homicidio universal.

Cuando veas la miseria en tu hogar y en la ciudad; cuando pagues en lágrimas la bancarrota de tu país, sentirás las protestas y las rebeliones que antes sintiera el hombre y que acallaste en nombre de tu amor; y entonces, sin duda, serás fuerte para ayudarle a voltear en un empujón violento el actual sistema social para levantar sobre sus ruínas un edificio social más humano.

Te acordarás entonces de reclamar iguales derechos que el hombre, dándote cuenta, al fin, que no debes seguir siendo la eterna menor de edad, siempre desposeída, puesto que tienes energías suficientes para imponer la ley al mundo. Y verás cómo los que hoy te enseñaron a despreciar al que no quería la guerra, tendrán miedo de verte instruída y libre.

¡Mujer! Estudia, instrúyete, hazte libre por el pensamiento y por la acción. De ti depende el porvenir del mundo.

Tú eres el porvenir.

Tú eres la paz.

A nosotros, socialistas, nos corresponde el deber de enseñarle a la mujer a conocer su fuerza y a utilizarla.

A nosotros nos corresponde hacer llegar a esos cerebros de mujer la semilla de rebelión. Hacerles saber cuánto espera de lo que ellas lean, de lo que ellas estudien, de lo que ellas hagan: la felicidad futura de sus hijos.

Como socialistas, como hombres que protestamos de la injusticia social que hace a la mujer un ser incapaz de actuar en la acción social, estamos en el deber ineludible de luchar por la mayor cultura de ella, y para eso debemos intensificar nuestras tareas estimulando las bibliotecas populares, las escuelas de mujeres y llevando a todos los oídos y a todos los cerebros la convicción de la necesidad de la emancipación civil de la mujer.

Manuel Lapidó.